

IDEOLOGÍA, ESTRATEGIA Y DOCTRINA EN LA OPERACIÓN

IRAQUI FREEDOM

Víctor Pujol de Lara

Comandante del Ejército de Tierra.

Hoy los intereses políticos de todos los pueblos están enlazados con tal arte, que no se puede suscitar la cuestión más insignificante en el último confín de Europa sin que más o menos deje de influir en las demás naciones. La deseada igualdad del poder político que se busca entre ellas es imposible, porque a falta de otra cosa, el talento de un solo hombre haría inclinar la balanza; eso hace que las conquistas de estos tiempos aparezcan con formas variadas, hijas de difíciles combinaciones diplomáticas que es preciso analizar para que el general en jefe conozca, no sólo los planes de su gobierno, sino la intención de estos planes, y pueda distinguir el motivo real porque la guerra se hace del motivo aparente.

Nociones del Arte Militar

FRANCISCO VILLAMARTÍN, 1862.

El honor, el temor y la utilidad se pueden considerar, desde que el historiador griego Tucídides lo expuso en su obra *La guerra del Peloponeso*, las causas fundamentales por las que los hombres se hacen la guerra. La guerra de Irak, apellidada por Estados Unidos *Iraqui Freedom* no es una excepción.

En un lenguaje más actual, pero no por ello más exacto, podríamos decir que la decisión para atacar en Irak ha sido inducida por una conjunción de motivos ideológicos o políticos, doctrinales y estratégicos que este artículo pretende analizar de forma somera y global.

La importancia de los motivos iniciales estriba en que nos puede explicar en parte el desarrollo posterior del conflicto, con sus errores y aciertos y también algunas de las decisiones que, sacadas del contexto donde se originaron, parecen carecer de sentido.

El *casus belli* declarado por Estados Unidos, la posesión por Irak de armas de destrucción masiva y su relación con el terrorismo, no ha resistido el paso del tiempo, además de no ser creído por un sector importante de la comunidad internacional y la opinión pública desde un primer momento. Además, para legitimizar la intervención, se advertía que la

amenaza era inminente y afectaba seriamente a la seguridad de Estados Unidos en particular, y sus aliados en general.

Se ha dejado de buscar las armas en Irak y no se ha encontrado evidencia clara de colaboración entre el terrorismo islámico y el régimen de Saddam Hussein. Esto no significa que no existieran razones para atacar Irak, sino que las públicas han quedado en entredicho demostrando un deficiente acopio de inteligencia o una simple mala elección de la idea fuerza para justificar la guerra ante la opinión pública.

El grado de oposición en occidente a la guerra de Irak sería el trabajo de un estudio aparte por sus motivaciones variadas y por los extraños compañeros de cama que ha creado. En general se puede decir que fue una mezcla de antiamericanismo, demagogia con tintes electoralistas, intereses comerciales, deseos de paz, lucha contra la globalización y mucha desinformación, sin que el orden expuesto pretenda mostrar mayor o menor importancia relativa.

En definitiva, tanto las razones a favor como los argumentos en contra para esta guerra se han simplificado de forma arbitraria hasta llegar a la exageración, por lo que el autor ha considerado importante hacer un análisis más profundo. Aunque pueda parecer que muchos de los factores aquí estudiados no son de interés militar, o no son de relevancia para la comprensión de las operaciones, esta postura podría estar equivocada dado que, desde el punto de vista del autor, la política impregna la guerra en todas sus fases y en todos sus aspectos de forma decisiva; la doctrina y la ideología pueden modificar la percepción de la realidad, en algunos casos de forma catastrófica. El método doctrinal aplicado de forma incoherente puede llevar a los mismos resultados que se producen cuando a un enfermo se le aplica la terapia equivocada. En este sentido hay que recordar el aforismo de Napoleón “desgraciado el que va a la guerra con un método”. En conclusión este análisis es pertinente y necesario para una buena comprensión de la operación como un todo y su posterior desarrollo.

Para realizar el análisis de las materias enunciadas en el título se podrían utilizar varios procedimientos. El autor ha considerado atractivo utilizar como guión los principios enunciados por Caspar W: Weinberger en su conferencia *Los usos del poder militar*, cuando era ministro de Defensa, el 28 de noviembre de 1984 ante el club de prensa de Washington.

El día 23 de octubre de 1983, la explosión de un camión bomba había asesinado a 241 *marines* desplegados en el Líbano, en una de las llamadas y tan populares “misiones de paz”. Como la intervención se había realizado en contra del criterio del secretario de Defensa y los jefes de Estado Mayor, a petición del Departamento de Estado y parte del Consejo de Seguridad Nacional, la conferencia exponía una serie de criterios mínimos para el uso del instrumento militar en el exterior.

Estamos hablando de una doctrina política de empleo de la fuerza, relacionada con el campo del derecho de los conflictos armados.

Los títulos de los apartados que siguen son los seis puntos de la llamada “doctrina Weinberger”, que pretendía aplicar las lecciones de la guerra de Vietnam a la hora de emplear el poder militar en el exterior. Esto nos permitirá analizar los aspectos más importantes de lo que ha sido y sigue siendo una intervención militar muy contestada.

Terminamos esta introducción recordando que las actitudes actuales de muchos gobiernos ante la situación de Irak sigue marcada, sino por el fondo, sí por las maneras que se mantuvieron en su día frente a la intervención; aunque es evidente de que la situación ha cambiado radicalmente en lo político, lo militar y en lo legal y por lo tanto esa inercia debería evitarse.

Estados Unidos no deberían emplear fuerzas en combate, a menos de que sea en defensa de sus intereses vitales o el de sus aliados

Si hablamos de Próximo Oriente, el petróleo más pronto que tarde debe entrar en la discusión. Irak dentro de una zona privilegiada como la de Próximo Oriente es uno de los países con más reservas mundiales de este mineral líquido, básico para la economía mundial ⁽²⁾.

Desde la Segunda Guerra Mundial la zona de Próximo Oriente ha sido considerada de interés vital para Estados Unidos. Sucesivos presidentes americanos han declarado públicamente sus doctrinas intervencionistas en la zona.

En el año 1945, se firmó un acuerdo entre el presidente Roosevelt y la dinastía Saudí a bordo del *USS Quince*, un crucero pesado de la Armada americana. Según este pacto

² De hecho es el segundo país con más reservas explotables de petróleo detrás de Arabia Saudita.

Estados Unidos garantizaban el apoyo económico y militar a la monarquía saudí a cambio de petróleo y reciprocidad ⁽³⁾. Este pacto ha sido mantenido desde entonces por todos los Gobiernos americanos y saudís a pesar de algunos periodos de enfriamiento en las relaciones.

Aunque la intervención americana en la zona ha sido permanente de una u otra forma aquí citaremos sólo algunos de los casos más representativos.

Por ejemplo, la crisis del petróleo del año 1973, considerado castigo de los países productores árabes por el apoyo americano a Israel en la guerra del Yom Kipur o guerra de octubre provocó una recesión económica mundial agravada en el año 1979 por la caída del Sha de Irán.

El secretario de Estado del presidente Nixon, Henry Kissinger durante esa crisis, advirtió a Arabia Saudí, que Estados Unidos estaba dispuesto a utilizar la fuerza para garantizar el suministro de petróleo. Incluso el presidente americano más moderado, o más débil, de la historia reciente, Carter, declaró que cualquier intento de potencias extranjeras de controlar la región del golfo Pérsico, se consideraría como un ataque a los intereses vitales de Estados Unidos, y se contestaría en consecuencia, incluso con el uso de la fuerza militar ⁽⁴⁾.

Durante la guerra irano-iraquí, en la llamada “guerra de los petroleros”, la Armada americana intervino de forma activa para proteger el flujo del petróleo. Además tanto Estados Unidos como los países árabes moderados apoyaron a Irak en su guerra contra Irán, por temor a una extensión del fundamentalismo chií en la región.

En el año 1990, el antiguo aliado iraquí se convirtió en una amenaza al invadir Kuwait y el resultado fue la operación *Tormenta del Desierto* que se saldó con una aplastante derrota militar del dictador iraquí, pero que no eliminó su amenaza a otros países y sus propios súbditos.

La victoria militar no transformó la región y con el tiempo comenzó a ser vista como insuficiente.

³ <http://www.populist.com/02.12.dweiner.arab.html>

⁴ <http://www.jimmycarterlibrary.org/documents/speeches/su80jec.phtml>

El día 31 de octubre de 1998 el “Acta de Liberación de Irak” fue aprobada por el congreso de Estados Unidos durante la Presidencia de Clinton. En el documento se expresaba el apoyo americano a un cambio de régimen, democrático y con intervención americana activa, tanto para implementar las resoluciones del Consejo de Seguridad como en apoyar la oposición iraquí al régimen.

Además, Estados Unidos siempre han buscado un país fuerte en la zona como aliado suyo. Turquía es un aliado dentro de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), pero no es un país árabe. Irán, tampoco árabe, había sido devuelto a la Edad Media tras la revolución fundamentalista de Jomeini y los fieles *mullah* en el poder habían declarado a Estados Unidos como el Gran Satán. Egipto, tras los acuerdos de Camp David, había orientado su política hacia Occidente, pero no era suficiente para la estabilidad de la zona. Arabia Saudí de importancia fundamental, contaba con la protección de Estados Unidos pero estaba cada vez más desprestigiada tanto fuera como dentro de sus fronteras por haber permitido que los lugares santos para el islam fueran contaminados por la presencia de infieles y la permanencia continuada de tropas americanas. Además, había fomentado directa e indirectamente el fundamentalismo religioso (*wahhabí*), dentro y fuera, con resultados de todos conocidos ⁽⁵⁾.

Por ello, desde la pérdida de Irán como aliado en la zona, Estados Unidos había estado buscando un país que le pudiera sustituir en esa función. Si además de eliminar una causa evidente de inestabilidad para la región, Irak se convertía un país árabe con régimen democrático y aliado de Estados Unidos se conseguiría matar dos pájaros de un tiro y a su vez serviría para reforzar a aliados débiles en la zona y hacer cambiar de actitud a países como Irán, Siria o Libia.

Los ideólogos neoconservadores en una inversión de la teoría del dominó consideraban que la creación de un régimen democrático en la región haría posible la conversión del resto del mundo árabe y musulmán, teocrático y dictatorial, a regímenes democráticos y liberales. El 11 de septiembre no hizo sino acelerar la urgencia de iniciar este proceso.

En general, se puede resumir este punto diciendo que para Estados Unidos ha sido siempre vital la estabilidad política en la zona de Próximo Oriente, que permita el flujo continuo del petróleo hacia los grandes consumidores, a un precio razonable. Y que esta constante de su política en la región se ha intentado mantener de diferentes formas, pero

siempre con disposición a una intervención militar directa. Así la estrategia de *offshore balancing* ⁽⁶⁾ anterior a la guerra de 1991 ha ido cambiando a una intervención cada vez más directa.

Otra constante de la política internacional americana ha sido el apoyo a Israel, por razones estratégicas, por ser el único país democrático y occidental en la región y por el fuerte *lobby* projudío de Washington. En relación a este hecho hay que añadir la disposición a eliminar cualquier posible amenaza al Estado hebreo por medios diplomáticos, económicos, políticos o militares.

Este delicado equilibrio de apoyo a Israel y por otra parte a los emires del petróleo hace que el problema palestino siempre esté presente en la geopolítica de la zona.

Sin embargo, el hecho de que la zona de Próximo Oriente sea de interés vital para Estados Unidos nos puede hacer caer en la falsedad de pensar que cualquier estrategia defenderá esos intereses

Solo se debe implicar a las Fuerzas Armadas

Si se hace convencido de la necesidad y con voluntad de vencer

La guerra de Vietnam y la guerra de Corea introdujeron a Estados Unidos en las guerras limitadas en sus objetivos y los medios empleados. Corea pasó, salvo para los que combatieron en ella, sin tener demasiada influencia en la política o la opinión pública americana. Sin embargo, Vietnam fue una experiencia dramática a todos los niveles. Hasta tal punto fue un trauma, que fue el presidente Bush padre, quién declaró tras la primera guerra del Golfo y la euforia que le siguió, que el síndrome de Vietnam había sido superado.

La mayoría de los generales y políticos con responsabilidades públicas en la segunda y tercera guerras del Golfo vivieron, con mayor o menor intensidad, la guerra de Vietnam.

Además de Vietnam, los militares americanos, se preparaban para derrotar al Ejército Rojo en la Brecha de Fulda (Alemania), durante la guerra fría. En el año 1973 hubo acontecimientos importantes. Se dejó Vietnam del Sur y los Ejércitos egipcio y sirio

⁵ La mezquita de la M-30 ha sido construida con el dinero saudí.

⁶ Esta estrategia consiste en favorecer el adecuado balance de fuerzas en la región con una presencia mínima.

sorprendieron a las Fuerzas de Defensa Israelíes en la festividad judía del Yom Kipur. Igualmente se suspendió la conscripción para nutrir las Fuerzas Armadas americanas. Un grupo de militares norteamericanos, liderados por el general William De Puy, tras Vietnam y sorprendidos por lo ocurrido en la guerra de octubre encabezaron un movimiento de regeneración para sacar del pozo donde se habían hundido las Fuerzas Armadas americanas (*hollow army*) y por añadidura la confianza de los sueños en su país.

Pretendían que no se volviera a utilizar el instrumento militar sin objetivos políticos y militares claros y sin la voluntad política clara de ganar y perseverar. Para ellos Vietnam había sido el ejemplo de cómo intervenir en una guerra sin voluntad de vencer y pisoteando todos los principios del arte de la guerra. La “doctrina Weinberger” que usamos aquí como herramienta para el análisis de esta nueva guerra es uno más de los intentos de definir una doctrina de intervención, que facilitará saber cuando el instrumento militar se puede emplear para obtener objetivos políticos.

Un ejemplo de estas doctrinas de intervención fue la que limitó los objetivos de Estados Unidos durante la guerra del Golfo en el año 1991: la “doctrina Powell”.

Esta doctrina de empleo era muy simple, tal como la formuló el entonces jefe del Estado Mayor Conjunto Colin Powell, y era similar a la elaborada por Weinberger. Se intervendría en aquellas ocasiones en que la misión y los objetivos fuesen claros y la campaña fuese corta y decisiva, utilizando una fuerza abrumadora (⁷). Tras terminar el trabajo se replegarían las tropas a los cuarteles. A toda costa se debía evitar situaciones de estancamiento como Corea y Vietnam y conflictos prolongados que jugaran en contra de las capacidades americanas en la guerra.

De hecho la guerra del Golfo del año 1991 es un ejemplo de la aplicación de esta doctrina y porqué no se quiso intervenir activamente para derrocar a Saddam Hussein tras la campaña en Kuwait. También mostró al mundo la transformación del ejército de reemplazo de Vietnam al profesional vencedor en Irak.

Probablemente esta doctrina de empleo de la fuerza militar era difícil de ajustar a las situaciones reales y representaba más una buena intención, que una norma a seguir. De hecho, las intervenciones posteriores al Golfo, como Somalia, Bosnia, Kosovo, etc., no se

7

http://www.pbs.org/newshour/extra/teachers/lessonplans/iraq/powelldoctrine_short.html

ajustaron a este patrón, ni mucho menos al marco expuesto por Weinberger que estamos siguiendo en este análisis.

Además hay que recordar que, aunque el grueso de las fuerzas desplegadas en el Golfo se replegó tras la campaña victoriosa, una parte importante se quedó en la zona. Las operaciones militares nunca se abandonaron del todo como prueban las operaciones militares *Provide Comfort*, *Northern Watch*, *Southern Watch* y *Desert Fox* con más de 150.000 salidas de aviones sólo para *Southern Watch* y que significa que cuando comenzó *Iraqi Freedom* el conflicto tenía más de una década de duración. Aunque para la opinión pública podía ser un suceso pasado, lo cierto es que seguía siendo un problema de primer orden para el Gobierno americano y para la estabilidad de la zona.

Siguiendo con las doctrinas de intervención vamos a hablar brevemente del memorando del secretario de defensa Rumsfeld *Guidelines for Committing Forces* (⁸).

Es interesante conocer este memorando para comprobar las similitudes y diferencias con las doctrinas Weinberger y Powell y ver hasta qué punto se han tomado como referencia en esta guerra.

Según Rumsfeld hay que hacerse una serie de preguntas antes de emplear la fuerza.

La primera es sobre la necesidad. La interrogación se aclara con una serie de apartados. Así, como se van a arriesgar vidas, debe ser para defender los intereses de Estados Unidos y sólo cuando se hayan empleado todos los otros recursos del Estado previamente; y debe mantenerse este esfuerzo empleando los demás recursos no militares de la nación durante las operaciones. Para la idea-fuerza que justifique la operación hay que evitar argumentos de conveniencia que puedan perjudicar a la larga. Se debe también comparar los riesgos de actuar con los de la inacción.

Después hay que preguntarse si el objetivo es alcanzable. Toda operación tiene sus riesgos, pero deben ser asumibles y además hay que tener en cuenta que hay objetivos inalcanzables. Para ello es fundamental definir claramente los objetivos y un criterio que determine el éxito, además de aceptar las responsabilidades. Además la cadena de mando debe ser clara y nunca basarse en un órgano colegiado. Si se decide ir con aliados, éstos deben saber cuales son los objetivos y comprometerse a cualquier esfuerzo

⁸ http://www.geocities.com/tom_slouck/iraq/rumsfeld_doctrine.html

necesario para alcanzarlos. Es importante que la misión determine la coalición y no al contrario.

Determinar si vale la pena es una variable que depende de varios factores. Las vidas que se está dispuesto a arriesgar, si se dispone de recursos suficientes, el apoyo de la opinión pública y el posible impacto en el resto del mundo. Si el apoyo de la opinión pública es insuficiente, hay que invertir el capital político necesario para ganar su voluntad todo el tiempo que sea necesario. No hay que levantar falsas expectativas sobre las posibles bajas y se deben considerar las implicaciones prácticas de actuar o no hacerlo, y las posibles consecuencias para la nación en cuanto a influencia y liderazgo en el mundo.

Si se decide actuar, las condiciones de ejecución son muy simples. Actuar cuanto antes, decidiendo cuando ha fallado la diplomacia. No autolimitar las opciones para conseguir apoyos de otras naciones, del Congreso, el público o la Organización de Naciones Unidas (ONU). Quiere decir no excluir por ejemplo operaciones que puedan conllevar bajas, la opción terrestre o cualquier otra cosa que facilite la tarea de defenderse al enemigo.

Finalmente, hay que ser brutalmente honesto con uno mismo, el Congreso, la opinión pública y los posibles aliados.

En pocas palabras, la doctrina establecida por Rumsfeld tiene evidentes similitudes con la “doctrina Weinberger”, pero la principal reflexión que cabe hacer aquí es que la decisión de intervenir en Irak no fue tomada a la ligera y que desde el punto de vista de Rumsfeld la respuesta a los interrogantes sobre la intervención se contestaba de forma afirmativa y esto evidencia una verdadera voluntad de acabar con el problema.

Sólo se debe implicar a las Fuerzas Armadas si existen objetivos militares

y políticos claros y con capacidad de conseguir dichos objetivos

En este apartado se va a hablar del qué y el cómo de la operación. El “qué” es la voluntad que se pretende imponer sobre el enemigo y el “cómo” es la estrategia que se emplea para conseguirlo.

La voluntad política fue expresada por el presidente Bush el 17 de marzo de 2003 en su mensaje televisado. Tras los esfuerzos durante 12 años para que Saddam se desarmara y dejara de ser una amenaza para la zona y el resto del mundo, se exigía el exilio del

tirano y su familia en el plazo de dos días. Tras acabar con el régimen del dictador, Bush prometía:

“Derrumbaremos el aparato del terrorismo y los ayudaremos a construir un Irak nuevo próspero y libre” (⁹).

Por lo tanto, se pretendía no sólo acabar con el régimen vigente en Irak, sino también construir uno nuevo. Por la estructura del discurso parece que la creencia existente en aquellos días era que la voluntad a la que se enfrentaba Estados Unidos era la del régimen y sus seguidores y posibles aliados, como los terroristas, pero que el pueblo iraquí en su mayoría favorecería a los aliados como libertadores. Si esta visión era cierta, como lo había sido en Afganistán, una campaña rápida acabaría con el régimen y el paso a un nuevo Estado sería una labor asumible.

Paul Wolfowitz, por muchos considerado el ideólogo de la guerra de Irak, en su testimonio a la Comisión de Defensa del Senado americano el 10 de abril de 2003, declaró cuáles eran los objetivos de la coalición liderada por Estados Unidos (¹⁰):

- Estados Unidos continúan trabajando para liberar Irak y su pueblo; no tenemos deseos de ocupar Irak o controlar sus recursos económicos.
- Ayudaremos a los iraquíes a construir un Irak unido, libre, y en paz consigo mismo y con sus vecinos.
- Contribuiremos a destruir las estructuras que han mantenido la tiranía de Saddam y eliminar la influencia baasista del Gobierno, el Ejército y los Servicios de Seguridad.
- Ayudaremos a eliminar las armas biológicas y químicas, y sus programas de armas nucleares. Ésta es una tarea compleja y necesaria y que requerirá presencia militar tras la posguerra.
- Ayudaremos a los iraquíes a eliminar la infraestructura terrorista, sus campos de entrenamiento y apoyos.

⁹ <http://www.whitehouse.gov/espanol/index.es.html>

¹⁰ <http://www.defenselink.mil/speeches/>

- Ayudaremos a hacer posible que el pueblo iraquí comience a reconstruir la economía y su sistema político para que Irak sea prospero y libre.

Los objetivos militares de *Operation Iraqi Freedom* fueron enumerados por el secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, al comienzo de la operación y son los siguientes ⁽¹¹⁾:

- Acabar con el régimen de Saddam Hussein.
- Identificar, aislar y destruir las armas de destrucción masiva de Irak.
- Buscar, capturar y expulsar terroristas de ese país.
- Conseguir inteligencia sobre redes terroristas.
- Terminar las sanciones económicas y repartir ayuda humanitaria en Irak.
- Asegurar los campos petrolíferos y otros recursos, pertenecientes al pueblo iraquí.
- Ayudar al pueblo iraquí a crear las condiciones para su transición a un autogobierno democrático.

El 9 de abril de 2003 y a pesar de los peores pronósticos de numerosos expertos, el derribo de la estatua de Saddam en el centro de Bagdad por un tanque de recuperación de los *marines*, simbolizaba la caída efectiva del régimen a las tres semanas del cruce de las tropas terrestres de la frontera con Kuwait. La muerte de sus hijos, Uday y Qusay el 22 de julio de 2003, y la captura el 13 de diciembre del tirano en un zulo acababa físicamente con la posibilidad de una vuelta del régimen de Saddam Hussein.

Las armas de destrucción masiva no han sido encontradas, y de hecho se ha renunciado a continuar su búsqueda, aunque está por demostrar que no existieran y existe la posibilidad de que fueran destruidas en el periodo que precedió a la operación militar. La “idea fuerza” de la campaña ha quedado pues en entredicho, aunque nunca fue aceptada por numerosos gobiernos y personas, aunque no deja sin motivación la guerra, que como estamos viendo tiene unos orígenes más amplios y complejos. Aún así, es evidente que faltó una causa aglutinante tanto a nivel exterior como interior que explicara la necesidad, un *casus belli* asumible.

¹¹ CORDESMAN, Anthony H. *Lessons of Iraq War*. Pág 58

Sin embargo, hay que recordar que la mayoría de los servicios de inteligencia ⁽¹²⁾ creían en existencia de armas y de programas para la fabricación de armas de destrucción masiva en Irak. Además está debidamente contrastado que las organizaciones terroristas como Al Qaeda han buscado y siguen buscando acceder a estas tecnologías. Con estos datos no es de extrañar que no se creyera a un régimen que había estado mintiendo de forma sistemática en esta materia y tampoco nos debe extrañar que se temiera una relación entre el terrorismo y las armas de destrucción masiva de algún país irresponsable. Es más, esta unión sólo es cuestión de tiempo y ocasión, si no se ponen los medios adecuados, se puede producir en un futuro más o menos próximo.

Volviendo al caso de Irak, tan profundamente politizado, la mayor parte de la gente que opina o ha opinado sobre el tema ignora por completo que lo afirmado por los gobiernos americano y británico copiaba fielmente lo afirmado por UNSCOM ⁽¹³⁾ en un principio.

Es justo reconocer, que los Gobiernos de Estados Unidos y Gran Bretaña hicieron hincapié en aquellos aspectos de la inteligencia disponible que más justificaba la urgencia de la guerra. Sin embargo, los informes posteriores sobre el funcionamiento de la inteligencia, en especial la americana, han reconocido que se informó de lo que se creía en ese momento y que básicamente lo que se ha demostrado son las limitaciones de los medios actuales de inteligencia para informar adecuadamente sobre temas de proliferación de este tipo de armas ⁽¹⁴⁾.

En cualquier caso, de los objetivos marcados por la coalición se han alcanzado casi todos, salvo el más importante, que es el que concierne a convertir a Irak en un país democrático, estable y próspero. Es evidente que este es un objetivo a muy largo plazo y que por lo tanto aún es pronto para establecer si se está logrando o no. Es indudable que hay signos positivos como las elecciones recientemente celebradas y muy negativos debido al conflicto de baja intensidad que se está desarrollando en estos momentos.

En definitiva, para que el objetivo principal de la guerra se consiga de una manera suficientemente satisfactoria se deben dar unas condiciones de seguridad que permitan la reconstrucción de Irak y un grado aceptable de normalidad. No decimos vuelta a la

¹² Ver en este sentido el informe en <http://www.csis.org/features/040729IraqiWMD.pdf>

¹³ Agencia de Naciones Unidas encargada de verificar sobre el terreno de la eliminación por Iraq de las armas de destrucción masiva. Su expulsión por Saddam en 1998 estuvo a punto de provocar una nueva guerra.

¹⁴ Ver nota xi.

normalidad porque Irak independiente no se puede decir que haya gozado algo parecido a la normalidad en la historia reciente (¹⁵), desde luego no durante la dictadura de Saddam Hussein y posiblemente tampoco desde su independencia.

Esta reflexión sobre los objetivos ha sido hecha para compararla con los medios empleados para conseguirlo. Es evidente que los objetivos son extraordinariamente amplios y ambiciosos y fueron puestos fundamentalmente bajo la responsabilidad de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos y la de sus aliados casi por completo.

Para entender por qué se emplearon unos efectivos reducidos para obtener unos objetivos tan ambiciosos, se apuntan dos posibles explicaciones.

La primera tiene relación con la predisposición a subestimar al enemigo si antes se le ha vencido de forma tan decisiva como en el caso iraquí y también la tendencia al autoengaño que se produce cuando ya se tiene prefijada una postura intelectual frente a un problema. En estos casos la razón tiende a asimilar sólo aquellos datos que son favorables a la postura o a la decisión ya tomada desechando aquellos que son contrarios a nuestros deseos.

Además está el problema de la doctrina militar y el método de planeamiento.

A nadie le debería sorprender que los ejércitos se preparen para la guerra y que desarrollan doctrinas para ganarlas mediante las operaciones militares. Si un político pide a un jefe militar una campaña para derrocar un gobierno, lo más probable es que obtenga una campaña para atacar el centro de gravedad político y militar del enemigo. Además esa campaña se verá fuertemente influenciada por la doctrina operacional del ejército en cuestión, que generalmente estará diseñada para vencer en las operaciones militares contra enemigos genéricos.

Si además durante años se ha evitado a toda costa el tipo “Vietnam” de conflicto es bastante probable que la doctrina que se desarrolla no se centre en la actuación en escenarios parecidos, ni en luchas prolongadas, sino en campañas cortas y decisivas con un apabullante empleo de la tecnología.

¹⁵ Desde que Saddam obtuvo el poder absoluto, Iraq ha tenido una guerra de ocho años con Irán, y un conflicto de 13 años a raíz de la primera Guerra del Golfo.

Es más, los ejércitos tienen una estructura burocrática y una considerable inercia. Los sistemas de armas representan algo más que herramientas militares y su desarrollo y adquisición lleva décadas. Si durante cuatro décadas la misión de un ejército se orienta en una dirección, los cambios de rumbo no son realizados de forma inmediata.

Desde la caída del muro de Berlín, en noviembre de 1989 y el final de la guerra fría las Fuerzas Armadas se había estado adaptando en todos los campos a las posibles amenazas, pero en este proceso quedaba lo que en el Ejército americano llaman *legacy army* y que no es simplemente el armamento desarrollado en los años ochenta, sino todo lo que le rodea en conceptos estratégicos, doctrinas, mentalidad, etc.

Con estos antecedentes vamos a pasar a describir brevemente las doctrinas empleadas por Estados Unidos, recordando lo hablado hasta aquí sobre las doctrinas de empleo de la fuerza de Weinberger, Powell y Rumsfeld, con las que están fuertemente relacionadas.

Se ha dicho anteriormente que tras Vietnam los Ejércitos americanos, realizaron una revolución doctrinal muy importante y que esta preparación se manifestó de forma brillante durante la primera guerra del Golfo. Esta guerra es un paradigma de lo que una combinación de objetivos limitados, una doctrina de empleo de la fuerza (Powell) y una doctrina operacional *Air Land Battle Doctrine*, “doctrina Warden”, etc., adecuada puede conseguir. Objetivos limitados. Objetivos que se consiguieron con medios muy superiores a los utilizados en el actual conflicto.

Desde 1991 el desarrollo y la transformación de la herramienta militar americana no ha cesado y aunque los principales sistemas de armas son los mismos que hace 14 años se ha dado un salto cualitativo en mando y control, precisión en las armas, e integración de todos los ejércitos en un todo capaz de operar de forma conjunta. Además, la doctrina ha seguido desarrollándose de forma ininterrumpida para aprovechar al máximo las nuevas tecnologías. Aunque en general sería lógico pensar que la tecnología se desarrolla para adaptarse a la doctrina, normalmente el proceso es a la inversa y lo cierto es que la tecnología evoluciona mucho más rápido que la doctrina. Con esta tendencia se corre el riesgo de que la estrategia, en lugar de aprovecharse de nuestra doctrina, que se beneficia del potencial de nuestra tecnología, se convierta en una subordinada de la técnica. De esta manera en lugar de diseñar una estrategia para resolver un problema, lo que estamos haciendo es aplicar una solución tecnológica a un problema humano como la guerra.

En este sentido la postura de Rumsfeld era considerar al estamento militar (especialmente el terrestre) demasiado tímido y conservador. Su postura era que la tecnología había evolucionado de tal forma que los viejos paradigmas ya no eran válidos. Es posible que al lector le suene lo dicho a preámbulo de doctrina de poder aéreo y es natural. Al fin y al cabo Rumsfeld había sido piloto y es posible que en sus concepciones le quedara algún poso.

De ahí que cuando se planeó esta campaña, se tenía muy presente *Desert Storm*, *Allied Force* y *Enduring Freedom* y que el secretario de defensa Donald Rumsfeld en pleno proceso para adelgazar y hacer más capaz de intervenir en conflictos lejanos a las Fuerzas Armadas, despreciando en cierto modo los excesos de la “doctrina Powell” de *vini, vidi, vinci*, quisiera sustituirlo por su paradigma de *Rapid Decisive Operations* y *Shock and Awe*. ¿Qué significa esto? No es fácil decirlo en pocas palabras y básicamente es una doctrina que implica que con fuerzas reducidas, muy móviles y más ligeras, una capacidad de mando y control muy superior, el concurso de los tres Ejércitos y las operaciones especiales; y una fuerte dosis de bombardeo estratégico con derroche de las últimas tecnologías, se puede conseguir la victoria en la guerra de una forma rápida y segura y casi sin bajas.

El general Franks, comandante del Mando Central en Afganistán e Irak, ha declarado que la campaña *Libertad para Irak* ha sido la primera auténticamente conjunta y diferente a todas las anteriores (¹⁶). Posiblemente tenga razón en su aseveración pero esto no implica que la fuerza que capturó Bagdad sea la más adecuada para conseguir los objetivos posteriores, en especial lo referente a conseguir un país estable y democrático en Irak.

Básicamente los problemas actuales se pueden buscar si pensamos que el planeamiento se basó en centrarse en obtener la victoria militar contra Saddam, que se consiguió de forma brillante, dejando fuera del planeamiento el conseguir el objetivo político de la guerra, o mejor dicho todos los objetivos políticos. Porque si es verdad que la campaña militar consiguió terminar con Saddam, y se demostró que las fuerzas para ello eran las adecuadas, los acontecimientos posteriores han mostrado que no se pensó en todos los escenarios posibles después de la caída del régimen.

¹⁶ FRANKS, Tommy. *American Soldier*. REAGAN BOOKS. Nueva York, 2004

El equilibrio entre los objetivos y el tamaño y composición de la fuerzas empleadas debería ser reexaminado y reajustado continuamente

A los pocos días de comenzar la operación, hubo un sinfín de especulaciones sobre el planeamiento de la operación y la insuficiencia de fuerzas para cumplir la misión, debido a una pausa operacional y a los inesperados ataques de irregulares. Los pronósticos más pesimistas hablaban de empantanamiento y falta de previsión.

Las fases de la campaña son explicadas por el general Franks en su autobiografía *American Soldier* (17). En concreto las tres primeras eran despliegue, preparación y operaciones decisivas y la última en la que se está ahora de estabilización. Franks explica en el libro que las fases no tenían porque ser secuenciales sino que podían estar solapadas e incluso ser simultáneas según las unidades implicadas.

La discusión sobre si el plan se estaba cumpliendo o no, era desde el punto de vista militar carente de sentido. Uno de los máximos exponentes del Estado Mayor prusiano, Moltke el viejo, ya había establecido como máxima que se aprende en cualquier curso de planeamiento, que ningún plan sobrevive al contacto con el enemigo y que cuando se establecen varias líneas de acción sobre el enemigo, éste utiliza otra no estudiada en el planeamiento.

Por muy concienzudo que sea el planeamiento es imposible determinar todas las situaciones que se pueden presentar y no se pretende hacerlo. En general se sigue planeando teniendo en cuenta las opción más peligrosa y la más probable y como dice el viejo dicho militar se diseña la maniobra en función de la más factible forma de actuar del enemigo y la seguridad de acuerdo con la más peligrosa.

En el planeamiento se asume que nunca se contara con los medios ideales y se juega con los que se tiene, aunque si se hace correctamente, se puede detectar cuándo los medios son insuficientes y se están asumiendo muchos riesgos.

Estas críticas que se han comentado anteriormente, se centraban en las operaciones en curso y no en la pacificación posterior y se demostraron prematuras, pero son un signo de que la nueva doctrina de empleo no había tenido el acuerdo intelectual suficiente entre la clase militar y la de los especialistas en temas de defensa. No obstante aunque no se

¹⁷ Ídem nota xiv

llegó a poner en peligro la operación, es significativo que se tuvo que empeñar todas las reservas terrestres para dar seguridad a las líneas de comunicación (¹⁸).

Otra de las facetas atribuidas a Rumsfeld en cuanto a su doctrina, es que considera que el político debe participar de forma activa en el planeamiento de las operaciones y es probable que esta intervención haya sido acusada, en la cuestión de los efectivos necesarios para la operación.

Por ello no es de extrañar que los efectivos utilizados fueran fruto de la dialéctica entre Rumsfeld y Franks. Entre el jefe militar y el civil, enfrentando lo que habitualmente es la tendencia a la prudencia militar con las necesidades políticas de la campaña. Es evidente que el producto es fruto del acuerdo entre la dirección política y militar de la guerra por lo que la responsabilidad de los resultados es compartida.

Otro de los aspectos más delicados del planeamiento es lo que se asume como verdad para basar el planeamiento. Normalmente viene marcado desde arriba y hay que tomarlo como dogma de fe, aunque se deba comprobar su validez durante todo el planeamiento. Así si se espera, como parece que era asumido que gran parte de la población iraquí recibiría a los aliados como liberadores, se pueden entender los hechos posteriores a que se declarara el final de las operaciones militares.

Por otra parte, hay que tener en cuenta la forma en que se hizo el despliegue de la fuerza y el hecho de que se intentara mantener la ilusión de que no existía decisión tomada sobre la guerra hasta el último momento; esto hace más comprensible que las tensiones provocadas durante el despliegue y el hincapié en las operaciones principales afectara al planeamiento de la fase de estabilización.

Lo que sí parece cierto sin lugar a dudas, es que el esfuerzo de ese planeamiento se centró en el aspecto militar de la campaña, obviando o dejando para una fase posterior la última fase de estabilización. Aunque aquí, es preciso recordar que el Mando Central es un mando combatiente y el esfuerzo de la planificación de la posguerra no era competencia exclusiva suya sino un esfuerzo en el que debían intervenir todos los medios de la Administración estadounidense.

¹⁸ En concreto se empeñaron todas las fuerzas disponibles para otras misiones para proteger las extensas líneas de comunicación, quedándose virtualmente sin reservas terrestres.

Las imágenes del saqueo y del desorden que siguieron a la caída del régimen nos dan una idea de la incapacidad de realizar simultáneamente labores de combate y de estabilización con fuerzas muy reducidas, como en este caso, y está en relación con la doctrina de empleo en vigor y las restricciones políticas impuestas a la campaña.

Esta situación se vio agravada por la negativa de Turquía a permitir que se usara su territorio como base de partida de una división, precisamente la más moderna y capacitada para la nueva doctrina, que no estuvo operativa hasta que se finalizaron las operaciones “principales” por estar desplazándose desde el Mediterráneo al golfo Pérsico.

Además la idea que tenían las tropas sobre el terreno era más parecida a la de una campaña corta como la del año 1991, que una prolongada estancia en tareas de estabilización y contrainsurgencia, que se vio truncada por la realidad y por la prolongación de sus estancias en el teatro de operaciones.

Los esfuerzos y limitaciones en la forma como se desencadenó la operación comprometieron de forma notable el planeamiento de la fase de estabilización. Como es habitual, el mando del teatro centró el planeamiento en obtener la victoria militar sobre el ejército iraquí y sus posibles aliados. Por ello la campaña fue una rápida *blitzkrieg* hacia Bagdad, el centro de gravedad político del régimen. De hecho es posible que el desplome inmediato del régimen contribuyera al desorden posterior, dada las escasas fuerzas sobre el terreno. El planeamiento se basaba en un comienzo con las fuerzas presentes que se irían reforzando progresivamente una vez iniciada la campaña. A este procedimiento se le llamó *running start* y es una prueba de la gran capacidad de organización de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos pero a la vez aporta luz sobre parte de los problemas de la posguerra.

En conclusión la fuerza presente el 19 de marzo, se mostró adecuada para las eliminación del régimen y estaba basada en un planeamiento constreñido por la nueva doctrina que además asumía como buena la inteligencia sobre Irak.

En los dos últimos años la fuerza en Irak se ha mantenido en un total bastante similar en torno a los 130.000 soldados (¹⁹). Esto refleja esencialmente que un ejército diseñado para *Rapid Decisive Operations* es difícil de adaptar a una campaña de contrainsurgencia

¹⁹ http://www.globalsecurity.org/military/ops/iraq_orbat.htm

de larga duración como la que se está desarrollando. Esta situación es algo que comparten todos los ejércitos profesionales. En campañas de corta duración son los mejores y más preparados, pero esta situación no se prolonga cuando se desarrolla una guerra prolongada como por definición es la guerra de guerrillas.

Además, un tercio de la fuerza desplegada en Irak está formada por personal de la Reserva y de la Guardia Nacional, que últimamente está teniendo algunos problemas para cubrir los cupos anuales de reclutamiento.

Así el personal desplegado en Irak es posiblemente el máximo que permite la organización actual y aún así sometiendo toda la estructura a fuertes tensiones. En este sentido según datos del Pentágono a fecha del 31 de enero de este año, un total de 1.048.884 soldados han luchado en la guerra global contra el terrorismo desde el 11 de septiembre de 2001. De ellos al menos un tercio han rotado más de una vez. En el ejército regular, el 63% del personal ha estado en la guerra por lo menos una vez, y un 40% ha repetido. Se pueden comparar estas cifras con los 15 años de la guerra de Vietnam, en la que sirvieron un total de 2,4 millones de soldados en el mismo Vietnam, más un millón en países cercanos a ese teatro de operaciones ⁽²⁰⁾. La diferencia fundamental está en que dos millones de los que sirvieron en Vietnam eran soldados de reemplazo y la Guardia Nacional y la Reserva eran procedimientos para eludir la guerra, siendo en estos momentos todo lo contrario.

Además, otro de los aspectos negativos, además del coste de mantenimiento de un ejército tecnológicamente avanzado, es la ruptura de los ciclos de vida de los modernos sistemas de armas, pensados naturalmente para operaciones de corta duración.

En conclusión, aunque los objetivos no han variado substancialmente desde el principio del conflicto, sí que ha variado la percepción de los medios necesarios para llevar a cabo el trabajo. Sin embargo, las medidas adoptadas en cuanto a los medios se han visto fuertemente limitadas por las condiciones intrínsecas al sistema del ejército voluntario. De forma periódica se dan anuncios de posibles reducciones del personal desplegado que son posteriormente desmentidas por los acontecimientos y la situación real en Irak y Afganistán. Aunque posiblemente las necesidades de “botas sobre el terreno” sea mayor, la negativa del Departamento de Defensa a aumentar el tamaño del ejército regular hace imposible grandes refuerzos. Esta negativa a aumentar el número de soldados podría

explicarse por razones de índole económica pero sobre todo porque el aumento significaría reconocer un error de cálculo a la hora de lanzar la operación y sobre la política del Departamento de Defensa en cuestiones de transformación.

Las tropas no deben ser empeñadas en combate a menos

que se tenga la seguridad razonable del apoyo de la opinión pública y el congreso

La opinión pública puede tener un carácter decisivo a la hora de marcar, corregir, impedir o apoyar las políticas de Estados y organizaciones. Además, la opinión pública es manipulable y variable. Posiblemente el sentir contrario a la guerra fue un factor decisivo para la derrota de los esfuerzos militares de los Estados Unidos en Vietnam. También ha influido de forma notable en la guerra de Irak, incluso antes de que la operación *Iraqi Freedom* se desencadenara.

Tanto la doctrina Rumsfeld como la Weinberger, se hacen eco de las lecciones de la guerra de Vietnam y consideran fundamental el apoyo de la “opinión pública americana” para el uso de la fuerza.

La guerra de Irak ha sido sin duda un caso excepcional por el inaudito interés que ha despertado en las opiniones públicas no sólo de los países directamente implicados, sino de casi todos los países del globo. Esta situación es sin duda consecuencia del proceso de globalización y también del profundo sentimiento hostil de muchos países hacia la política exterior de Estados Unidos.

Este antiamericanismo activo puede estar causado por diversos factores. Entre ellos podemos destacar la reacción a la postura del gobierno Bush ante asuntos como la Corte Internacional de Justicia, el calentamiento global y la protección medioambiental, el unilateralismo de su política exterior, etc.

Francia lideró la oposición a la guerra de forma destacada, seguida por Alemania en papel acompañante hasta tal punto que se llegó a temer por el llamado vínculo trasatlántico y organizaciones como la OTAN y la misma ONU. Curiosamente parte de la opinión pública que sólo veía los oscuros intereses económicos de Estados Unidos como motivo para la guerra; consideraba fundados en el deseo de paz y los buenos sentimientos las posiciones de todos los países, partidos, Organizaciones No Gubernamentales (ONG), y

²⁰ <http://www.globalsecurity.org/org/news/2005/050412-gone-to-war.htm>

demás “actores” de la protesta. Evidentemente, el postulado de Estados Unidos, malo e interesado frente al resto del mundo desinteresado y bueno, no se sostiene.

La Iglesia Católica y el papa Juan Pablo II tuvieron un papel destacado en la oposición a la guerra, basándose en la teología católica de la guerra justa, teoría que se comenta en el siguiente punto y antecedente del derecho de la guerra. En este sentido la evaluación hecha por los obispos católicos americanos, en una carta firmada al presidente Bush, mostraron su oposición a la guerra basándose en estos argumentos. No sólo la Iglesia católica sino en general las iglesias cristianas agrupadas en el Consejo Mundial de Iglesias declaró su oposición a la guerra.

El mismo secretario general de las Naciones Unidas, Kofi Annan, declaró la guerra ilegal por no contar con la autorización expresa del Consejo de Seguridad. Aunque el valor real de la opinión del primer funcionario de la ONU puede tener un importante valor moral, está evidentemente fuera de las atribuciones del que no deja de ser un funcionario distinguido. De igual manera hay que recordar que si no hubo una resolución de la ONU autorizando la guerra es por las mismas razones que no hay ninguna desautorizándola. Si nos acogemos a este punto para declarar la guerra ilegal hubiera sido necesario una descalificación expresa del Consejo de Seguridad. De otra forma las declaraciones públicas de ilegalidad no son más que opiniones con mayor o menor justificación.

Aquí, habría que reflexionar hasta qué punto la postura de oponerse a la guerra fueran cuales fueran las circunstancias, la de por ejemplo Francia, fue definitiva en la decisión de Estados Unidos de no dar más tiempo a las inspecciones.

También el papel de las ONG y los movimientos antiglobalización han tenido un papel destacado en esta oposición a la guerra en Irak.

Sin embargo, toda esta oposición de gobiernos, iglesias, países, partidos, y organismos internacionales además de millones de particulares no disuadieron al presidente Bush de iniciar la guerra.

Si esto es así, hay que buscar las razones en la opinión pública americana y su posición frente a la guerra. Sin embargo también en este punto es difícil encontrar respuestas claras. Buscando en internet se pueden encontrar miles de encuestas, sólo en Estados Unidos, oficiales y particulares y con resultados diferentes que varían según la forma de realizar las preguntas y qué preguntas se hacen. Esta incertidumbre se agrava si las encuestas se hacen con evidentes intereses de sacar algún resultado determinado. Con

estos antecedentes y con las variaciones importantes que presentan las encuestas es difícil determinar el apoyo real que hubo en un momento determinado a la política Bush en relación a Irak.

Sin embargo, se pueden sacar algunas conclusiones válidas en relación a la opinión pública norteamericana sobre la guerra.

En primer lugar es evidente que la percepción en Estados Unidos en Irak es diferente al resto del mundo debido posiblemente a que el ataque del 11 de septiembre, más cruento que Pearl Harbour, es considerado como una acción de guerra.

En general el apoyo a la guerra contra Irak de Estados Unidos se ha mantenido por encima del 44%, llegando hasta el 76% el 9 de abril de 2003 y situándose el día 1 de abril de 2005 por encima del 45%.

Además, esta opinión sobre la guerra está fuertemente polarizada. O se está a favor o se está en contra, quedando poco espacio para los que no están seguros sobre su respuesta. Asimismo, las opiniones se ven fuertemente influenciadas por los últimos acontecimientos, las intervenciones públicas del presidente o miembros de su gobierno y diferentes hitos favorables o desfavorables sobre el curso de la guerra.

Esto último evidencia que la opinión pública es fácilmente impresionable, manipulable, y tiene, más que convicciones, opiniones de corta duración debido a su escasa memoria y menor conocimiento de los hechos. Es evidente que estas características de la opinión pública pueden ser convenientemente usadas ya sea con fines electorales, propagandísticos, o cualesquiera otros fines.

En definitiva, la oposición a la guerra ha sido de carácter global y sin precedentes. Este hecho notable debe ser puesto en perspectiva. No se puede identificar a los manifestantes, por muy numerosos que sean con la voluntad del pueblo, que en democracia se manifiesta en las urnas. Por ejemplo el hecho de que en noviembre de 2004 las encuestas se presentaran desfavorables en Estados Unidos a la guerra en Irak y la forma en que se estaba llevando a cabo, no ha impedido que el George W. Bush sea reelegido por una amplia mayoría parlamentaria y que el Partido Republicano se haya hecho con la mayoría en las dos Cámaras de Estados Unidos.

Por todo ello habría que concluir que de alguna forma aunque la opinión pública es tenida en cuenta no es un elemento de los más determinantes en el desarrollo de la campaña.

El empleo de la fuerza debería ser considerado como el último recurso

Es evidente que este es un aspecto bastante conflictivo. Países como Francia y Alemania, manifestaban que se debía dar más tiempo a las inspecciones en curso, mientras que otros países como Estados Unidos consideraban que la estrategia de la contención no había funcionado hasta el momento.

En cualquier caso al presidente Bush y su Gabinete los enmarcan en una facción llamada neoconservadores, cuya ideología, naturalmente ha influido a la hora de determinar si el ataque a Irak era la última alternativa o no. Esta ideología considera que se debe promover la democracia y la economía de mercado como método para conseguir el bienestar de la población mundial. Una vertiente de esta doctrina política se centra en promover estos valores en el mundo musulmán y árabe, con la teoría de que una vez iniciado el proceso en un país importante éste se extenderá por el resto del mundo árabe y musulmán.

Por otra parte es evidente que el ataque terrorista del 11 de septiembre contra Estados Unidos tenía que tener alguna consecuencia en la política exterior americana. A raíz del ataque, aunque relacionado con la doctrina política de los *Neo-Cons* se estableció en la Estrategia de Seguridad Nacional lo que se ha venido a llamar “doctrina Bush”.

Aunque es conveniente leer todo el documento para entender en profundidad lo que pretende se puede resumir en lo dicho por el presidente Bush, el 17 de marzo de 2003 al dirigirse a la nación para dar el ultimátum a Saddam Hussein:

“En este siglo, cuando los hombres malvados traman el terrorismo químico, biológico y nuclear, una política de temporización podría resultar en un tipo de destrucción que jamás hemos visto en esta tierra.

Los Estados terroristas y el terrorismo no divulgan estas amenazas con antelación, en declaraciones formales, y en responder a dichos enemigos solamente después de que ataquen primero no es defensa propia; es suicidio. La seguridad del mundo requiere que se desarme a Saddam Hussein ahora.”

Por otra parte, incluso los más intransigentes defensores de la ilegalidad de la guerra contra Irak, deberían reconocer el poco efecto que las sanciones, ataques limitados e inspecciones habían producido en los años siguientes a la guerra del año 1991, a la actitud de Saddam. Como un documento de la Casa Blanca decía, Irak había violado 16

resoluciones del Consejo de Seguridad de la ONU, además de intentar continuamente buscar nuevos métodos para circunvenir las sanciones económicas y rearmarse ⁽²¹⁾.

La historia de los desencuentros con los países de la región comienza como todo el mundo sabe con la invasión de Irán por Irak en 1980, más concretamente el 22 de septiembre. Lo que en un principio parecía ser un pequeño conflicto se transformó en una guerra de ocho años entre los dos países con un costo aproximado de un millón de vidas. Precisamente una de los principales ataques contra Estados Unidos proviene de la ayuda que se le prestó en esos días a Irak, sin intentar analizar las razones por las que se hizo ⁽²²⁾.

De hecho, el apoyo americano a Irak se mantuvo hasta la invasión de Kuwait en agosto de 1990. En ese momento la situación estratégica en la zona cambió de forma radical. Saddam ya no podía ser visto como una fuerza para contrarrestar al Irán revolucionario, sino como una amenaza para la estabilidad de todo Próximo Oriente.

La guerra para liberar Kuwait se limitó a ese objetivo, considerando las circunstancias negativas de eliminar a Saddam sin una adecuada alternativa y con el peligro del Irán revolucionario todavía intacto.

Como hemos dicho la presencia militar se mantuvo durante todos estos años y esto junto con las sanciones impuestas a Irak en la resolución 687 mantuvo al país debilitado, pero no acabó con el régimen. Además se tuvo que intervenir en numerosas ocasiones para proteger a los kurdos en el norte y a los chiíes en el sur del país creando, por ejemplo, las zonas de vuelo prohibido en el norte y en el sur.

Durante la presidencia de Clinton, se realizaron ataques de represalia en 1993 ante el intento de asesinato del anterior presidente Bush en una visita a Kuwait y se tuvo que reforzar el despliegue de tropas en el teatro cuando en octubre de 1994, Bagdad desplegó tropas en la frontera con Kuwait amenazando de nuevo el emirato.

En 1995 la resolución 986 del Consejo de Seguridad se estableció el programa de intercambio de petróleo por alimentos, determinado para que la población se viera menos afectada por el embargo de la ONU. Estudiando los beneficiados por este programa tanto

²¹ A decade Of Deception and Defiance. White house. 12 septiembre 2002

²² Frente a un Irán revolucionario y fundamentalista, el Iraq de Saddam parecía el único país capaz de contrarrestar la amenaza.

en Irak como en Europa se pueden sacar algunas conclusiones de las posturas que luego se vieron sobre la guerra.

Por otra parte las actividades para impedir a la agencia de la ONU, UNSCOM, encargada de investigar y eliminar las armas de destrucción masiva de Irak terminó cuando estos se tuvieron que retirar del país en 1998. Clinton desencadenó la operación *Desert Fox* que consistió en cuatro días de campaña aérea sobre blancos que no debilitaron en absoluto al régimen, pero aumentaron su popularidad en el mundo árabe.

La llegada de Bush hijo a la Presidencia no cambió mucho la situación respecto a Irak hasta que los atentados el 11 de septiembre cambiaron por completo el panorama.

Naturalmente el *ius ad bellum* entraba también en los argumentos empleados tanto a favor como en contra de la guerra. La doctrina de la ONU está claramente en contra de las intervenciones preventivas, aunque reconoce que se pueden considerar defensa propia como cuando se dan condiciones similares a la de la guerra de los Seis Días en 1967, entre árabes e israelíes.

Por ello la diplomacia americana trató de convencer al mundo de la amenaza inminente que representaba Irak, llegándose incluso a hablar de su capacidad de atacar en cuarenta y cinco minutos con armas de destrucción masiva.

La guerra se ha calificado como ilegal, inmoral e injusta por sus detractores.

Como las acusaciones de guerra inmoral e ilegal tienen más que ver con la ideología y el antiamericanismo que con el derecho internacional, vamos a repasar los conceptos clásicos de guerra justa en relación con el conflicto.

El primer punto coincide con el encabezado de este apartado de la “doctrina Weinberger” y es manifiestamente un punto que está sujeto a interpretación. Los censuradores de la guerra consideran que se debían haber mantenido las inspecciones todo el tiempo que hubiera sido necesario. Sin embargo, esta opinión choca con la década de incumplimientos de las resoluciones del Consejo de Seguridad alegado por los aliados. Si la guerra fue el último recurso o no seguirá siendo tema de debate.

Según la Carta de las Naciones Unidas, sólo el Consejo de Seguridad tiene la capacidad para determinar cuándo se debe hacer uso de la violencia, y por lo tanto, salvo para casos de defensa propia, los países deben dirimir sus diferencias por medios pacíficos.

Estados Unidos, reconociendo la legitimidad del Consejo de Seguridad, consiguieron la resolución 1.441 ⁽²³⁾, fracasaron en una nueva resolución que especificara más claramente la autorización de la fuerza contra Irak. Sin embargo, la vaguedad sistemática en la redacción de las resoluciones permite que cada país lo interprete en su beneficio y eso hicieron, considerándola suficiente para desencadenar el ataque. Además estaba la reflexión de que se actuaba en defensa propia porque debido al terrorismo y las armas de destrucción masiva no se podía esperar al ataque para responder.

Además, el ataque del 11 de septiembre había sido el *casus belli* en el que se incluía a todos los actores, incluyendo a los estados y los grupos que de alguna manera consentían o apoyaban a los terroristas. Por lo tanto se consideraba que la intención era justa pues se trataba de impedir nuevos ataques como los sufridos el 11 de septiembre.

Otra exigencia de la doctrina de la guerra justa, establece que la guerra solo puede ser justa si hay una razonable probabilidad de éxito. Es evidente que la primera parte de la guerra, la eliminación del régimen de Saddam Hussein, ha sido un éxito, y la prolongación de la guerra y su transformación en lo que ahora es, requiere un estudio separado. Esto es así porque Estados Unidos y sus aliados son ahora potencias ocupantes y actúan con el beneplácito del Consejo de Seguridad por lo que aunque la situación actual sea consecuencia de la campaña *Iraqi Freedom* la situación legal ha cambiado radicalmente.

La finalidad de la guerra es la paz y no cualquier paz sino una mejor. Así si el objetivo de la guerra era terminar con el régimen de Saddam Hussein y instaurar un régimen democrático en Irak, se podría decir que la guerra cumple otro requisito.

Por otra parte es evidente que la situación de seguridad a los dos años del inicio de la guerra no es buena. Sin embargo sería muy atrevido afirmar que la situación bajo el régimen de Saddam era mejor.

Es evidente que Estados Unidos y sus aliados diseñaron sus operaciones militares y sus ataques de forma que se hiciera el menor daño posible no sólo a las personas sino también a la infraestructura, atacando sólo aquellos objetivos de alta significación para el régimen y todos los instrumentos de represión como el Partido Baaz, Guardia Republicana, etc. De igual forma, las nuevas tecnologías y la mayor precisión de las

²³ El final de la resolución 1441 termina con este artículo: *Recuerda, en este contexto, que ha advertido reiteradamente al Iraq que, de seguir infringiendo sus obligaciones, se expondrá a graves consecuencias;*

armas ha posibilitado un uso más acorde de las armas con lo que se entiende por guerra justa.

No se puede determinar de forma categórica por consiguiente, que la guerra haya sido justa o injusta, moral o inmoral, ilegal o ilegal (²⁴).

Conclusiones

La guerra de Irak no se puede entender sin acudir a los antecedentes históricos de la presencia americana en Próximo Oriente. Desde la entrada de Estados Unidos en su papel de gran potencia tras la Segunda Guerra Mundial, siempre ha considerado esta región del mundo como un interés vital. La estrategia para conseguir estabilidad en la zona y el flujo regular de petróleo barato ha variado según las circunstancias desde el *offshore balancing* hasta la intervención militar directa, pero ha sido una constante de la política exterior americana; independiente del color de su gobierno. La guerra irano-iraquí, la primera guerra del Golfo, y esta segunda intervención, deben ser también entendidas desde este punto de vista y ha significado una intervención cada vez más directa y mayor presencia militar en la región.

El 11 de septiembre es también fundamental como detonante de la “doctrina Bush” y su peculiar internacionalismo y acusado unilateralismo. Los atentados podían haber sido considerados de muchas maneras pero fueron considerados como un acto de guerra. Por lo tanto, Estados Unidos iniciaron una guerra contra el terrorismo global. Esto significó que no solo los grupos terroristas, sino aquellos regímenes que apoyan el terrorismo, podían ser atacados. El “eje del mal” formado por países como Irán, Irak y Corea del Norte fueron puestos en el punto de mira. Y lo más importante es que se afirmaba que no se esperarían el ataque para responder, sino que se elegiría el momento más adecuado a los intereses de Estados Unidos.

La ideología neoconservadora, con la creencia de que el liberalismo económico, la democracia y la libertad son exportables a todo el mundo, incluido el musulmán, también ha influido a la hora de determinar Irak como un objetivo.

²⁴ En esta página hay un interesante artículo en contra de la guerra <http://www.globalpolicy.org/security/issues/iraq/attack/2002/08fallacies.htm>

La percepción de trabajo inacabado que se fue haciendo fuerte tras la euforia de victoria de la primera guerra del Golfo, se convirtió en certeza de la necesidad de acabar con el problema Iraquí con medios militares tras el 11 de septiembre.

El uso de la herramienta militar para obtener los objetivos políticos tiene su raíz en el desarrollo doctrinal, la revolución de los asuntos militares y los grandes adelantos tecnológicos, que han hecho creer a algunos políticos y militares que ciertas características de la naturaleza de la guerra, como el azar o la incertidumbre, han desaparecido.

La opinión pública mundial no ha sido capaz de modificar los planes de guerra de la Casa Blanca, ni tan siquiera afectar sensiblemente la opinión pública en Estados Unidos para que se uniera a la oposición. Una posible explicación es que la oposición a la guerra fuera de Estados Unidos estaba demasiado impregnada de antiamericanismo como para ser vista con simpatía en Estados Unidos.

Hace 2.400 años un soldado griego llamado Tucídides ponía en boca de un ateniense durante la guerra del Peloponeso, unas palabras que son el mejor epílogo de este trabajo:

“En este sentido, nosotros no hemos hecho nada asombroso ni fuera del comportamiento humano, si aceptamos un imperio que se nos entregaba y no lo soltamos obligados por los tres motivos más importantes: el honor, el temor y la utilidad; sin ser siquiera los iniciadores de tal uso, sino que está instituido de siempre que el más débil sea sojuzgado por el más poderoso, además de creernos merecedores de ello y de pareceros bien a vosotros hasta que mirando a vuestros intereses os ponéis a emplear el argumento de la justicia, por cuyo respeto nadie, dada la posibilidad de adquirir algo por la fuerza, desistió de tener más.”

BIBLIOGRAFÍA

BAYLIS, Jhon; SMITH, Steve. *The Globalization of World Politics*. OXFORD UP, Nueva York, 2001

CLARK, Wesley K. *Winning Modern wars*. PUBLICAFFAIRS, Nueva York 2003

CORDESMAN, Anthony H. *The Iraq war. Strategy, Tactics and Military Lessons*. CSIS PRESS, Washington 2003

FERNANDEZ-FLORES, José Luis. *El Derecho de los Conflictos armados*. MINISTERIO DE DEFENSA, Madrid 2001.

FRANKS, Tommy. *American Soldier*. REAGAN BOOKS. Nueva York, 2004

MURRAY, Williamson; SCALES, Robert H. *The Iraq War*. BELKNAP. Harvard 2003

PURDUN, Todd S. *A Time of Our Choosing*. TIMES BOOKS, Nueva York 2004

SCALES Robert H. *Certain Victory. The US Army in The Gulf War*. BRASSEY'S, Washington 1993.